

**I Jornadas de Género y Diversidad Sexual:**  
***Políticas públicas e inclusión en las democracias contemporáneas.***

Facultad de Trabajo Social  
Universidad Nacional de La Plata  
La Plata, 24 y 25 de Octubre de 2014.

*Título del trabajo:* **Ciclo de violencia en la asistencia psicológica a víctimas de violencia de género.**

*Autora:* Sabrina del Carmen Morabes.

*Institución u organización:* **Área de la mujer. Secretaría de Desarrollo Social de la Municipalidad de Concepción del Uruguay, Entre Ríos.**

*Eje temático:* Violencias. Experiencias de intervención.

*Mail:* [sabrinamorabes@hotmail.com](mailto:sabrinamorabes@hotmail.com)

*Tres palabras claves:* **ciclo de violencia – pulsión de muerte – compulsión a la repetición.**

Partiendo de la consideración de la teoría del **ciclo de violencia** formulada por la antropóloga Leonor Walker, donde expresa que las mujeres agredidas no están siendo constantemente agredidas ni su agresión es infligida totalmente al azar, tejiendo esta teoría con mi experiencia en la asistencia a víctimas de violencia de género en el área de la Mujer, de la Municipalidad de Concepción del Uruguay, Entre Ríos. Sitúo como uno de los descubrimientos más sorprendentes el ciclo definido de agresión que estas mujeres experimentan y sostengo que la comprensión de este ciclo es muy importante si queremos detener o prevenir los incidentes de agresión. Este ciclo también ayuda a explicar cómo llegan a ser víctimas las mujeres agredidas y porqué no pueden escapar.

Este “ciclo de la violencia” está compuesto de tres fases distintas, las cuales varían en tiempo e intensidad, para la misma pareja y entre las diferentes parejas. Estas son: Fase 1. Acumulación de tensión, Fase 2. Explosión violenta y Fase 3. Arrepentimiento o “Luna de miel”.

Durante la fase uno, de **acumulación de tensión**, ocurren incidentes de agresión menores. La mujer puede manejar estos incidentes de diferentes formas. Ella le permite

saber al agresor que acepta sus abusos como legítimamente dirigidos hacia ella. Ella ha llegado a ser su cómplice al aceptar algo de responsabilidad por el comportamiento agresivo de él. A ella no le interesa la realidad de la situación, porque está intentando desesperadamente evitar que él la lastime más. Con el propósito de mantener este rol, ella no debe permitirse a sí misma enojarse con el agresor. Ella sabe que el incidente pudo haber sido peor, las mujeres agredidas tienden a minimizarlos al saber que el agresor es capaz de hacer mucho más. También ella puede culpar a una situación en particular por el estallido de su esposo.. Si los factores externos fueron los responsables por la agresividad del agresor, ella piensa que no hay nada que pueda hacer para cambiar la situación. Si aguarda un tiempo más, la situación cambiará y traerá una mejora en el comportamiento de él hacia ella.

Cada vez que un incidente de agresión menor ocurre, hay efectos residuales de aumento en la tensión. El agresor, incitado por la aparente aceptación pasiva de la mujer de su comportamiento agresor, no trata de controlarse a sí mismo.

Cabe mencionar que la mayoría de los agresores son violentos solamente en sus casas. Ellos comprenden que tal comportamiento no sería tolerado en público. Al saber que su comportamiento está mal, crea en él un miedo mayor de que ella pueda llegar a disgustarse y lo abandone, así, el se vuelve más opresor, celoso y posesivo con la esperanza de que su brutalidad la mantendrá prisionera.

Históricamente, este comportamiento ha tenido éxito. Sólo recientemente, con el incremento de atención de la sociedad y con la preocupación acerca de su situación, la mujer agredida ha empezado a encontrar una salida. Esto da cuenta de la importancia de las charlas de concientización sobre violencia de género; la importancia de hablar del tema, de no continuar silenciando.

Progresivamente en esta etapa, el hombre incrementa su sofocamiento posesivo y su brutalidad. Sus esfuerzos para humillarla psicológicamente se hacen más agudos, sus agresiones verbales duran más tiempo y son más hostiles. Los incidentes menores de agresión se hacen más frecuentes y el enojo resultante dura por períodos más largos de tiempo. La mujer agredida es ahora incapaz de restaurar el equilibrio, tal como lo hacía al comienzo de esta fase. Exhausta, debido a la tensión constante, ella generalmente evita al agresor, temiendo que, inadvertidamente, pueda provocar una explosión. Él

empieza a avanzar más opresivamente hacia ella en la medida que observa su retiro. Empieza a buscar manifestaciones de la ira de ella, percibiéndolas aún cuando ella pueda aún negarlo o cuando ella piensa que lo ha disimulado exitosamente. Cada cosa que ella hace está sujeta a malas interpretaciones. La tensión entre los dos llega a ser insoportable.

Hay un punto hacia el final de la fase de aumento de la tensión en el cual el proceso deja de responder a cualquier control. Una vez que se alcanza este punto inevitable, tendrá lugar la siguiente fase: la **explosión violenta**. La fase dos se caracteriza por una descarga incontrolable de las tensiones que se han venido acumulando en la fase uno. Son la seriedad con que los incidentes de la fase dos son vistos por la pareja y su naturaleza incontrolable, lo que marcan una diferencia entre las fases 1 y 2.

Cuando los agresores describen los incidentes agudos se concentran en justificar su comportamiento. Con frecuencia, relatan una gran cantidad de insignificantes molestias que ocurrieron durante la fase uno. En pocas oportunidades el disparador de esta fase dos, es el comportamiento de la mujer agredida; es generalmente un evento externo o el estado interno del hombre.

En mi experiencia en la asistencia a víctima de violencia de género, se evidencia que las víctimas sitúan como factor asociado a los episodios de violencia el consumo de alcohol y drogas por parte de agresor y los celos del mismo hacia ellas.

La segunda fase del ciclo es la más breve de las tres fases. La anticipación de lo que puede suceder causa tensión psicológica severa a la mujer agredida. Se pone ansiosa, deprimida y se queja de otros síntomas psicofisiológicos: insomnio, pérdida de apetito o lo opuesto, dormir y comer en exceso, y fatiga constante, se reportan frecuentemente durante este tiempo. Muchas mujeres sufren de serios dolores de cabeza por tensión, enfermedades estomacales, alta tensión arterial, reacciones alérgicas en la piel, y palpitaciones del corazón.

De acuerdo a los reportes de las mujeres agredidas, solamente los agresores pueden ponerle fin a la fase dos. La única opción de la mujer es encontrar un lugar seguro para esconderse. La razón por la que él se detiene no está tampoco clara.

Generalmente, la víctima se da cuenta que el comportamiento agresivo de él está fuera de control y de que él no responderá a ningún razonamiento. En la mayoría de las veces, ella no se resiste; trata de permanecer calmada y espera que pase la tormenta. Ella no siente tanto el dolor como el sentirse psicológicamente atrapada e incapaz de huir de esa situación. Este sentimiento, generalmente, va acompañado por la firme creencia de que si ella hace algo para resistir, su atacante solamente se volverá más violento.

Cuando el ataque agudo termina, generalmente es seguido del choque inicial, negación e incredulidad de que realmente ha ocurrido. Ambos, los agresores y las víctimas, encuentran formas de racionalizar la seriedad de los ataques. Si ha habido violencia física, la mujer agredida, con frecuencia minimizará sus heridas.

La mayoría de las mujeres agredidas no buscan ayuda durante este período que sigue, inmediatamente después al ataque, a menos que estén tan gravemente heridas que requieran de atención médica inmediata. Una gran cantidad de las reacciones que las mujeres agredidas reportan son similares a aquellas de las víctimas de una catástrofe. Los síntomas de las víctimas de una catástrofe son la indiferencia, depresión y sentimientos de impotencia. Las mujeres agredidas evidencian un comportamiento similar. Tienden a permanecer aisladas las primeras horas, y pueden pasar varios días antes de que busquen ayuda. Esta acción retardada también prevalece cuando las mujeres agredidas buscan ayuda de los abogados o de cualquier otra fuente.

Las mujeres que han sido agredidas declaran que no creen que nadie las pueda proteger de la violencia de sus hombres. Generalmente se llama a la policía durante la fase dos. Muchas de ellas declararon que no llaman a la policía porque no creen que la policía pueda tratar eficazmente con los agresores, de hecho la mayoría de las mujeres reportan que la violencia se incrementa después que la policía se va. Aunque las técnicas de aconsejar a la pareja podría ser útil durante otras fases del ciclo de agresión, no lo son durante la fase dos; en la fase 1 es muy importante la intervención y los efectos suelen ser mayores.

El final de la fase dos y el avance hacia la fase tres del ciclo de agresión es bienvenido por ambas partes. Así como la brutalidad está asociada a la fase dos, la tercera fase, de **arrepentimiento o luna de miel** se caracteriza por un comportamiento extremadamente cariñoso, amable y de arrepentimiento por parte del agresor. Sabe que ha ido demasiado

lejos y trata de compensar a la víctima. Es durante esta fase que se completa el proceso de hacer una víctima a la mujer agredida.

La tercera fase sigue inmediatamente a la segunda y trae consigo un inusual período de calma. La tensión acumulada durante la fase uno y liberada en la fase dos han desaparecido. En esta fase, el agresor se comporta, constantemente, de manera encantadora y cariñosa. Generalmente, se siente arrepentido de su acción en las fases previas y manifiesta su arrepentimiento a la mujer agredida. Suplica que lo perdone y le promete que no lo hará nunca más. El agresor, verdaderamente, cree que nunca más le hará daño a la mujer que ama, cree que puede controlarse por sí solo de ahora en adelante. También cree que le ha enseñado a ella tal lección. Que ella nunca más se comportará de tal forma y, por lo tanto, él no estará tentado a golpearla. Se las arreglará para convencer a todos los que estén involucrados que esta vez es, realmente, cierto. Iniciará acciones con el propósito de demostrar su sinceridad.

En unos pocos días, las víctimas pasan de mujeres solitarias, enojadas, asustadas y heridas a ser mujeres felices, confiadas y cariñosas. Al principio habían evaluado de manera realista sus situaciones, aceptaban su incapacidad para controlar el comportamiento de los agresores, experimentaban enojo y terror, los cuales les ayudaban a motivarlas para considerar llevar a cabo cambios grandes en sus vidas. Estas mujeres estaban completamente convencidas de su deseo de dejar de ser víctimas, pero el cambio de actitud en el hombre provoca un cambio en ellas.

La mujer agredida también obtiene el mensaje de que el agresor necesita ayuda, implicando que si ella se queda con él, él tendrá esa ayuda. La verdad es, que las oportunidades del agresor para buscar ayuda son mínimas si ella se queda con él. Generalmente la época más común en la que el agresor busca ayuda es después que la mujer lo ha abandonado, y él piensa que la psicoterapia u otra ayuda harán posible el regreso de ella.

La mujer agredida quiere creer que no tendrá que sufrir abusos nunca más. La moderación del agresor apoya su creencia de que él realmente puede cambiar, debido a su comportamiento cariñoso durante esta fase. Se convence a sí misma de que él puede hacer lo que dice que quiere hacer. Identifica al hombre bueno con el hombre que ella ama. Si solamente pudieran ayudarlo, ésta es la forma en que él sería todo el tiempo. La

víctima generalmente retira los cargos, se echa atrás en la separación, y generalmente trata de reparar las cosas hasta el próximo incidente agudo de agresión.

La pareja que vive en tal relación de violencia llega a ser un par simbiótico, uno depende tanto del otro que cuando uno intenta irse, ambas vidas llegan a ser drásticamente afectadas. Es durante la fase tres, cuando el cariño y la amabilidad son más intensos, que este lazo simbiótico realmente se estrecha. El sentimiento de dependencia y confianza excesivas de uno en el otro es obvio en cada fase del ciclo. Los vínculos de éste, sin embargo, son establecidos durante la fase tres.

Puesto que casi todas las recompensas del estar en pareja ocurren durante la fase tres para la mujer agredida, éste es el momento cuando es más difícil para tomar la decisión de terminar la relación. Desafortunadamente, es también el tiempo durante el cual las personas que la ayudan están en contacto con ella. Cuando ella se resiste a abandonar la relación y alega que ella lo ama verdaderamente, basa su referencia en el comportamiento cariñoso actual de la fase tres, más que en el doloroso comportamiento de las fases uno y dos. Ella espera que, si los otros dos ciclos se pueden eliminar, el comportamiento del agresor terminará y su relación idealizada permanecerá.

Esta fase tres finaliza cuando el comportamiento cariñoso y la calma, dan lugar otra vez a los incidentes pequeños. Se repite la fase uno de aumento de la tensión y, un nuevo ciclo de comportamiento agresivo empieza.

Como expresa la autora de esta teoría, el ciclo se repetirá varias veces y, poco a poco, la última fase se irá haciendo más corta y las agresiones cada vez más violentas.

Pensando en este ciclo cerrado y en la imposibilidad de romper con él; reflexionando en torno a cuando intervenir y como hacerlo. Así como también en la posición subjetiva de cada una de las mujeres víctimas de violencia; apostando a las individualidades en estas generalidades formuladas, a los tiempos singulares en estas emergencias, me parece interesante reflexionar en torno al concepto freudiano de **compulsión a la repetición**, evidenciando que en algunas oportunidades lo que se repite son experiencias manifiestamente displacenteras, resultando difícil comprender, que instancia del sujeto podría hallar satisfacción en ellas; aunque se trate de comportamientos en apariencia incoercibles, caracterizados por esta compulsión que es propia de todo lo que emana del

inconsciente, resulta difícil poner de manifiesto en ellos, ni siquiera en la forma de una transacción o compromiso, la realización de un deseo reprimido.

En sus primeras teorizaciones Freud va a expresar que el conjunto de la actividad psíquica tiene por finalidad evitar el displacer y procurar el placer. Formulando el principio de placer como el rector de la vida anímica. De este modo, el aparato psíquico vendría regulado por la evitación o la evacuación de la tensión displacentera.

Posteriormente, a partir del conocimiento de estos comportamientos repetidos compulsivamente donde lo que se repite son experiencias displacenteras, considerando que los fenómenos de repetición no pueden reducirse a la búsqueda de una satisfacción libidinal o a una simple tentativa de dominar las experiencias displacenteras; evidenciando en ello la marca de lo “demoníaco”, de una fuerza irrepresible, independiente del principio de placer y capaz de oponerse a éste; es que Freud llega a establecer la existencia de una **pulsión de muerte**. Considerándolas como las pulsiones por excelencia, en la medida en que en ellas se realiza eminentemente el carácter repetitivo de la pulsión.

Dentro de la última teoría de las pulsiones, Freud designa una categoría fundamental de pulsiones que se contraponen a las pulsiones de vida y que tienden a la reducción completa de las tensiones, es decir, a devolver al ser vivo al estado inorgánico.

Los hechos muestran que, incluso en los casos en que la tendencia a la destrucción del otro o de uno mismo es más manifiesta, puede existir siempre una satisfacción libidinal.

Se establece de este modo, que hay algo **más allá del principio de placer**, se postula entonces la existencia de la pulsión de muerte a partir de hechos que parecen contradecir el principio de placer.

La noción de pulsión de muerte, aporta una nueva concepción de Freud, hace de la tendencia a la destrucción un dato irreductible, es la expresión privilegiada del principio más radical del funcionamiento psíquico.

A partir de estas conceptualizaciones, me parece interesante evidenciar la emergencia del deseo de cortar con este ciclo de violencia, ya que en algunas oportunidades hubo denuncias de dichas situaciones, realizadas en el momento del estallido de tensión.

Y me parece interesante a partir de la emergencia de este deseo, bosquejar una posibilidad de trabajar con eso que esta “más allá del principio de placer”.

A partir de aquí se delinearán varios puntos posibles a trabajar con las víctimas de violencia de género en su asistencia.

Otro dato que me parece relevante en esta situación, apareciendo nuevamente el significativo repetición, es que en más del 50 % de las víctimas de violencia mencionan que en su familia de origen o en la del agresor hubo situaciones de violencia.

Freud en el texto “Sobre la sexualidad femenina” menciona que “en todos los ámbitos del vivenciar anímico, una impresión recibida pasivamente provoca en el niño la tendencia a una reacción activa. El niño intenta hacer lo mismo que antes le hicieron o que hicieron con él. He ahí una porción del trabajo que le es impuesto para dominar el mundo exterior, y hasta puede llevar a que se empeñe en repetir unas impresiones que habría tenido motivos para evitar a causa de su contenido penoso.”<sup>i</sup>

Freud plantea, hablando de sus pacientes y del método psicoanalítico, que “el analizado no recuerda nada de lo olvidado o reprimido, sino que “lo vive de nuevo”. No lo reproduce como recuerdo, sino como acto; lo repite, sin saber, naturalmente, que lo repite. Saliendo de la situación analítica me parece interesante pensar en esta reproducción de lo reprimido como acto, esta repetición.”<sup>ii</sup>

Anna Freud también habla de esto, cuando formula el mecanismo de identificación con el agresor. Ella nos va a decir que el sujeto, enfrentado a un peligro exterior, se identifica con su agresor, ya sea reasumiendo por su cuenta la agresión en la misma forma, ya sea imitando física o moralmente a la persona del agresor, ya sea adoptando ciertos símbolos de poder que lo designan.

Siendo también fundamental reflexionar en torno a la “vivencia de dolor” que formula tempranamente Freud, en donde es fundamental el auxilio ajeno para evitar las futuras vivencias de dolor; un auxilio que parece estar ausente en la mayoría de los casos.

Sosteniendo también como muy importante la reflexión en torno al concepto de trauma psíquico, pensando a este como un acontecimiento de la vida del sujeto caracterizado por su intensidad, la incapacidad del sujeto de responder a él adecuadamente y el trastorno y los efectos patógenos duraderos que provoca en la organización psíquica.

En términos económicos, el traumatismo se caracteriza por un aflujo de excitación excesivo, en relación con la tolerancia del sujeto y su capacidad de controlar y elaborar psíquicamente dichas excitaciones.

Cuando Freud habla de la acción del trauma psíquico, dice que este se descompone en varios elementos y supone siempre la existencia de, por lo menos, dos acontecimientos: el menciona dos escenas o vivencias, una primera en la infancia y una segunda vivida por lo general luego de la pubertad que evoca, por algún rasgo asociativo, la primera. Pienso aquí en las escenas de violencia vividas por las mujeres víctimas de violencia de género que asisto y que cuando las invito a dialogar sobre su vida, relatan situaciones de violencia durante su infancia.

Si bien Freud denomina traumática la primera escena, se observa que, desde un punto de vista estrictamente económico, este carácter sólo le es conferido con posterioridad, o incluso, solamente como recuerdo la primera escena se vuelve posteriormente patógena, en la medida en que provoca un aflujo de excitación interna.

Es a partir de esta concepción de trauma que Freud va a construir la hipótesis de que un aflujo excesivo de excitación anula inmediatamente el principio de placer, obligando al aparato psíquico a realizar una tarea más urgente “más allá del principio del placer”, tarea que consiste en ligar las excitaciones de tal forma que se posibilite su descarga ulterior. El intento de inscribir eso que “no cesa de no inscribirse”.

Sostengo que quizás una posibilidad de trabajo con las mujeres víctimas de violencia desde el campo psicológico en la urgencia se basa en mecanismos de contención de la víctima, focalizando sobre todo en que pueda comprender el ciclo de violencia, los efectos que produce, las consecuencias. Habilitar a la reflexión y la toma de conciencia sobre la modificación de conductas que le permitan su cuidado sabiendo que existen mecanismos de protección de la víctima. Reflexionar en torno a su núcleo familiar, revalorizando su rol y posición. Siendo muy importante el desarrollo de la generación de la confianza, la revalorización de la persona, la superación de los estados de indefensión y el aumento de la autoestima.

Siendo también muy importante el posterior trabajo elaborativo de las situaciones, dado que desde el psicoanálisis si pensamos en un recuerdo y en una repetición, también podemos pensar en una reelaboración de esos sucesos.

Desde el decir de Freud, la elaboración se trata de un trabajo psíquico que permite al sujeto aceptar ciertos elementos reprimidos y librarse del dominio de los mecanismos repetitivos.

Ante esto, pienso como fundamental el trabajo analítico con mujeres víctimas de violencia, dando lugar a su decir sobre su historia, a las singularidades de cada sujeto, siendo singular el tiempo de la asistencia y el abordaje de la misma.

## **Bibliografía**

Freud, Sigmund. (1914) Obras Completas. Tomo XII. Recordar, repetir y reelaborar. Edit. Bs. AS. Siglo XXI.

Freud Sigmund. (1920) Obras Completas. Tomo XVIII. Mas allá del principio de placer. Bs. As. Edit Amortu.

Freud Sigmund. (1926) Obras Completas. Tomo XX. Inhibición, síntoma y angustia. Bs. As. Edit. Amorrortu.

Freud, Sigmund. (1931) Obras Completas. Tomo XXI. Sobre la sexualidad femenina. Bs. As. Edit. Amorrortu.

Laplanche, Jean; Pontalis Jean Bertrand. (2004) Diccionario de Psicoanálisis. Bs. As. Edit Paidós.

Walker, Leonor. (1979) The Battered Women. Nueva York. Harper and Row Publishers, Inc.

---

<sup>i</sup> Freud, Sigmund: 1931,237.

<sup>ii</sup> Freud , Sigmund: 1914,1684.